

Por IGNACIO AGUSTI

el decoro básico

DICE en sus memorias Charlie Chaplin que lo que considera más característico de los días en que fue declarada la Primera Guerra Mundial fue que, con ella, terminó aquello que él llama el "decoro básico" del mundo. El decoro básico es una formidable expresión, una definición extraordinaria. Esta expresión afortunada posee incluso una indeterminación y una vaguedad que acentúan su influjo y que van más allá de lo que dicen las propias palabras, tomadas en un sentido estricto. Cumple esta expresión aquello que Eugenio d'Ors consideraba como una de las particularidades del arte: lo que está dentro del marco de esas palabras es mucho más amplio que lo que está fuera de ellas. A nosotros el comentario de Chaplin nos produjo una gran impresión y hemos ido dándole vueltas al significado profundo de este "decoro básico", que el artista empezó a echar en falta a partir del año 1914. Desde entonces, este "decoro básico" al que se refiere resuena de vez en cuando en nuestro ánimo como el sonido de bronce de una campana.

La significación de "decoro" se confunde con las de honor y respeto. Pero una de las razones que tenía Chaplin para achacar a nuestro tiempo la pérdida de decoro es que los términos de respetabilidad y honorabilidad son hoy irónicamente nefandos para uno mismo. Un ser respetable es un tipo orondo, mediocre e hipócrita, al que habría que tomar a chacota. ¿Por qué? La noción de respetabilidad ha sido confundida, turbada; ya no es una virtud, sino un defecto. Antes de la Primera Guerra la respetabilidad era codiciada, exaltada; después de ella ya no queremos llamarnos ni que nos llamen respetables. Un ser respetable es un ser de aquel tiempo, un tipo de la "belle époque" que no nos merece garantías de seriedad auténtica y que, envuelto en los oropeles del cumplimiento, de la reverencia y de la zalamería, oculta una porción de egoísmos y mentiras. Un ser que hoy intentara reivindicar el concepto de decoro sería tomado por un ser simplemente decorativo. Nada de eso; la sinceridad de nuestro tiempo, su dinamismo, su franqueza, exigen personajes y símbolos mucho más directos; con una elementalidad de conducta, personal y social, que excluya el barroquismo, las normas de la urbanidad a la antigua y una serie de procedimientos que han pasado a la historia.

Pero Chaplin no habla simplemente del decoro, sino del decoro básico. No hay duda de que no se refiere a la manifestación de este decoro en el exterior, sino a sus raíces íntimas. Al honor y al respeto tomados como un derecho intransferible y un deber moral no puede confundirse con la manera de peinar las barbas o con la inclinación del torso ante una dama. Ese decoro básico, dice Chaplin, que es el que desapareció prácticamente con la "belle époque".

Había unas bases de decoro inmutables, que era la estructura íntima del hombre occidental. Es posible que en aquel tiempo existieran, como hoy, buen número de embusteros y de falsarios; pero en aquel tiempo estos embusteros y falsarios eran repudiados con indignación por la ley y por los hombres. Existía la posibilidad de ganar entonces el dinero turbamente, pero existía en grandes zonas de la vida social una reprobación de tales procedimientos, y el rico con malas artes

había de vivir en una larga cuarentena de hostilidades y silencios. La gente lavaba su honor en los duelos, se suicidaba en una quiebra. Al lado de estos hechos, la mayoría de los hombres sentían la pesadumbre de sus defectos, respetaban la fama de los demás, consideraban como entidades vivas de la vida social e individual el buen nombre o la limpieza de actuación o de intenciones. Todo ello, tiene razón Chaplin, empezó a decaer al estallar la Primera Guerra Mundial.

Vemos en la televisión la importante serie de reportajes vivos sobre las realidades de aquella contienda. Ellos reconstruyen con dramática viveza el clima de aquellos días. A través de las imágenes cinematográficas podemos contemplar la infinita desolación de los campos atrincherados y la agonía colectiva en los reflujos sangrientos. En las trincheras aquella fue una guerra de barro, de podredumbre, de gangrena y de dolor. Es natural que el hombre de Europa saliera de aquellas trincheras con una sensación de aplastamiento, todavía mayor en el orden moral que en el orden físico. No obstante, aún existía, individualizado, el héroe. Los aviadores cifraban su cómputo heroico en el número de victorias personales. Era la última posibilidad del decoro en las circunstancias dramáticas, en cierto modo la postrera presencia del hombre en la historia de la Humanidad. Los adversarios rendían culto al enemigo caído del cielo y le tributaban un funeral solemne. La Segunda Guerra Mundial barrió también esta última referencia a la gesta humana. De aquel momento en adelante, la bomba de Hiroshima hará del hombre un ser apócrifo vuelto pura ceniza, con desprecio absoluto hasta de la última de sus pertenencias particulares, que es el cuerpo abatido. Verdaderamente quedó vencido y atomizado el decoro básico.

Ante esta brillante referencia de Charlie Chaplin en sus memorias, advertimos que quizá él pueda ser el último de los seres humanos que poseyó plenamente este decoro básico. El hombrecillo del bambú, de la americana de estrechas solapas, de los grandes zapatos, del bombín, es el símbolo y figuración, ya raída y maltrecha, de este decoro básico. Le vemos en una de las fotografías del libro con un continente airoso, levantada elegantemente la ceja, poseedor de una inmensa galandura espiritual que traicionan los harapos de su indumento. Le recordamos en algunos pasajes de sus cintas: aquel incommensurable momento en que apura los clavos de sus zapatos con unas maneras casi aristocráticas, llevándolos a la boca, uno por uno, como en la mitad de un grill refinadísimo. La celeridad con que desciende de un Rolls para abalanzarse sobre la colilla de un cigarro que un transeúnte acaba de tirar a la acera. Su modo de mirar a las muchachas o el garbo con que pasea, último "gentleman" desastrado, por una sima nevada, procediendo inconscientemente los pasos de un oso... Hay siempre en el ánimo de Charlot la vigencia de este decoro básico, que contrasta con la realidad exterior, la cual le acosa y acomete y de la que no siempre saldrá vencedor.

La figura de Charlot es la imagen misma de este decoro básico, llevado a su conclusión. Por ello Charlot no es únicamente un símbolo, sino también una reliquia. Dentro de él está la frustración terrible de un mundo al que da todavía una vida suprema, antes de que muera. Si un día volviera a renacer, tal vez tendríamos que comprar a este decoro básico, que hoy está muerto, unos zapatos nuevos y muy ágiles.